

VERDAD Y LIBERTAD EN SAN ANSELMO¹

Alice Ramos
St John's University (Queens, NY)

En los últimos veinte años se han publicado numerosos estudios sobre el tema de los trascendentales en autores medievales. De hecho, la filosofía medieval se ha llamado un modo trascendental de pensar. Desde la publicación de la obra magistral de Jan Aersten, *La filosofía medieval y los trascendentales: El caso de Tomás de Aquino*, se ha debatido bastante el estatuto de la verdad como trascendental².

El pensamiento maduro del Aquinate que se encuentra en la *Summa Theologiae* subraya, según ciertos comentaristas, no la verdad de las cosas como si la verdad fuese una forma inherente en las cosas, sino más bien la verdad del intelecto. Aunque yo diría que la verdad según Santo Tomás se encuentra propiamente en el intelecto, pienso que la verdad de las cosas es ciertamente importante, sobre todo cuando consideramos la verdad de la persona humana. No intentaré aquí considerar si la verdad de las cosas es según el Aquinate una característica inherente en las cosas mismas tal y como lo plantea él en las cuestiones disputadas sobre la verdad³. Me basta aquí considerar las cosas como verdaderas en relación al intelecto divino. Pienso que esto es lo que mantiene San Anselmo cuando dice que todas las cosas son verdaderas en relación a o por la única primera verdad⁴.

Me interesa sobre todo la cuestión que se plantea Santo Tomás al querer saber si las cosas son más verdaderas en la Palabra Divina que en sí mismas⁵.

1 Este trabajo forma parte del proyecto de investigación, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España, "Causalidad y Manifestación como *explicatio mundi*. De Escoto Eriúgena a M. Eckhart" (Ref. FFI2008-02804/FISO).

2 Véase L. DEWAN, "Is Truth a Transcendental for St. Thomas Aquinas?", en *Nova et Vetera* 1 (2004), pp. 1-20. Este artículo menciona otros trabajos publicados por Dewan sobre el desarrollo del pensamiento del Aquinate acerca de la verdad.

3 *De veritate* q1, a4 y q1, a6.

4 SAN ANSELMO, *De veritate*, p. 7.

5 *De veritate*, q4, a6.

Ésta es una pregunta tratada por el Aquinate en varios lugares de su obra y discutida también por Anselmo en distintos momentos en sus escritos como puede verse en el *Monologion*, en el *Proslogion* y en el *De veritate*. Me parece que existe en Anselmo una relación estrecha entre esta cuestión y el deseo de Dios, el deseo de ver a Dios cara a cara, de conocerle. Además, es este deseo el que hace posible el retorno del hombre a Dios, un retorno que según Anselmo requiere no sólo que las cosas sean verdaderas sino también que se haga la verdad mediante el recto uso de la libertad humana. Las cuestiones que trataré en este trabajo mostrarán que el pensamiento metafísico y ético de San Anselmo no pueden separarse de una consideración de temas tales como el tema de la circulación o el tema del *exitus-reditus*, de la medida y del orden —todos temas que provienen de la tradición agustiniana y neoplatónica⁶. Pienso además que en la medida en que el pensamiento del Aquinate le debe mucho no sólo a Aristóteles sino también a Platón y al neoplatonismo pueden establecerse paralelismos entre San Anselmo y Santo Tomás, sobre todo en sus tratamientos respectivos acerca de la verdad y en la aportación que hace tal tratamiento en lo que concierne al ascenso cognoscitivo del hombre desde lo visible a su hacedor invisible.

Digamos en primer lugar que según San Anselmo la creación es copia o imagen de Dios. En la mente del Creador existe una forma, o semejanza, o regla según la cual todo ha sido creado y que no es sino la misma esencia divina. Antes de ser creadas, las cosas obviamente no existían, no eran nada, pero según San Anselmo no eran la nada en cuanto concierne a la razón de su hacedor, ya que el hacedor hace algo según su razón sólo si ya hay algo en su razonamiento que es un tipo de ejemplar⁷. Esta forma o ejemplar es un tipo de expresión en la misma razón del hacedor de aquellas cosas que serán creadas. San Anselmo compara esta expresión a la concepción mental mediante la cual el artesano expresa a sí mismo la cosa que va a hacer⁸.

Indudablemente hay una diferencia infinita entre la expresión interior que se da en el Creador y aquella que tiene lugar en el artesano⁹, ya que la expre-

6 Véase por ejemplo el excelente estudio sobre la rectitud o el orden recto por D. J. R. POUCHET, *La rectitudo chez saint Anselme: un itinéraire augustinien de l'âme à Dieu*, Études augustiniennes, París, 1964; y también K. ROGERS, *The Neoplatonic Metaphysics and Epistemology of Anselm of Canterbury*, Edwin Mellen Press, Lewiston (NY), 1997.

7 *Monologion* 9. Empleo la traducción del *Monologion* hecha por S. HARRISON, que aparece en *Anselm of Canterbury. The Major Works*, Brian Davies y G. R. Evans (eds), Oxford University Press, Oxford, 1998.

8 *Monologion* 10.

9 *Monologion* 1.

sión de las cosas en la razón del Creador no es sino la Palabra, Su Imagen o Hijo, la segunda Persona de la Trinidad. San Anselmo afirma que al decirse o al expresarse, el Padre dice o expresa toda creatura; como la Palabra por la que el Padre se dice o expresa es el Hijo, es por esta misma Palabra por la que el Padre dice o expresa toda creatura¹⁰. Anselmo insiste en que es por la única y misma Palabra¹¹ que el Creador se dice y dice todo lo que hace. Dios se expresa en su Palabra y esta Palabra es la expresión de la esencia divina; en la Palabra se encuentra la expresión del universo, de todas las creaturas según el modo que esencialmente le corresponde a cada una de ellas¹².

Si consideramos la creación de esta manera, es decir, como expresiva de Dios y proveniente de la Palabra, entonces la inmanencia aparece como un elemento inseparable de la trascendencia de la causalidad: toda creatura es expresada en la Palabra con la que Dios se expresa¹³. Antes de ser creadas, San Anselmo mantiene que todas las creaturas existen en la Palabra, de tal manera que así son más lo que es la Palabra que lo que son en sí mismas¹⁴. No obstante, San Anselmo se apresura a mantener la distinción entre la esencia de la creatura y la esencia del Creador, ya que nos dice que la creatura en sí misma es esencia mutable, producto de la razón inmutable de Dios¹⁵. Lo que las creaturas son en la Palabra es su ser originario y su verdad originaria. Y en la medida en que son más semejantes al Dios que es Ser y Verdad, existen más excelentemente y más verdaderamente¹⁶.

Lo creado es por consiguiente una semejanza o imagen de Dios, aunque sólo sea “una pálida imitación” del Creador¹⁷. Como lo que existe de modo supremo es la esencia de la Palabra inmutable, las creaturas mutables, en comparación, casi no existen. La existencia de las creaturas es así relacional y sólo en relación a la Palabra encuentran su identidad y su perfección: sólo así llegan a la plenitud de su ser. Ya que todo ha sido creado según la Palabra, la

10 Véase por ejemplo el capítulo 33 del *Monologion*.

11 *Ibidem*.

12 Véase la introducción escrita por M. J. SOTO BRUNA a la cuestión 4 del *De veritate* de Tomás de Aquino: Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie universitaria 127, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2001, pp. 7-32, especialmente p. 27.

13 *Ibid*, p. 27.

14 San Anselmo dice que las creaturas existen en el espíritu supremo no sólo antes de ser creadas, sino también “después de la creación y después de haber llegado a su fin, o después de haber cambiado de alguna manera” (*Monologion* 34).

15 *Ibidem*.

16 *Ibidem*.

17 *Monologion* 31.

verdad de lo que existe se encuentra en la Palabra. A pesar de la aparente insignificancia de la creatura, mientras más semejante es la creatura a la esencia suprema más excelente es. San Anselmo incluso nos habla de un orden de creaturas, un orden según rangos, ya que entendemos que la naturaleza viviente es superior a la no-viviente, la perceptiva superior a la no-perceptiva, y la naturaleza racional superior a la no-racional. Las perfecciones de existencia, de vida, y de racionalidad se encuentran eminentemente en la esencia suprema y son más bien participadas por las creaturas. La multiplicidad de perfecciones que observamos en el universo, la diversidad de creaturas, tienen su origen en un ser que es máximamente uno¹⁸. Según San Anselmo, mientras más se aproxima la creatura a la Palabra, mayor es su esencia y mayor su dignidad¹⁹.

La Palabra no es semejante a las creaturas; es, más bien, la verdad de lo que es. Todas las cosas son “vida y verdad en la Palabra del espíritu supremo, vida y verdad en su conocimiento”²⁰. En Dios que es vida, la creatura misma es vida, ya que toda creatura existe paradigmáticamente en Dios según una idea; la Palabra contiene en sí la idea de cada creatura. Estas ideas son una misma cosa con la esencia divina; no constituyen por así decirlo un mundo modélico. La Palabra no es un intermediario entre Dios y la creatura, sino que es el mismo Dios²¹. En *Monologion* 36 Anselmo nos dice que las creaturas “son más verdaderas en la Palabra, es decir, en el entendimiento del Creador, que en sí mismas, ya que la esencia creadora existe más verdaderamente que la esencia creada”²². Obviamente, las creaturas no existen en Dios según su singularidad o individualidad sino más bien según una idea ejemplar.

En su *De veritate* San Anselmo nos explica aún más lo que significa para él la verdad de las cosas. En el diálogo el maestro le dice al alumno: “Lo que es, verdaderamente es, en tanto que es tal y como es. [...] Por consiguiente, hay verdad en la esencia de todas las cosas, porque es por ser en la primera verdad que existen [...]. Si todas las cosas son lo que son ahí, son sin duda lo que deben ser. [...]Y aquello que es como debe ser existe rectamente”²³. El

18 En el capítulo 18 del *Proslogion*, San Anselmo habla de la unidad y de la identidad de Dios consigo mismo. Todos los atributos, por ejemplo, la vida y la sabiduría, son una misma cosa en Dios.

19 *Ibidem*.

20 *Monologion* 35.

21 Véase la introducción de M. J. SOTO BRUNA a la cuestión 4 del *De veritate* de Santo Tomás, cit, p. 26.

22 *Monologion* 35.

23 *De veritate* 7.

maestro concluye diciendo: “Si la verdad y la rectitud se encuentran en la esencia de las cosas porque son lo que son en la primera verdad, es cierto entonces que la verdad de las cosas se identifica con la rectitud”²⁴. Si las cosas son más verdaderas y rectas en la Palabra, si son lo que son y deben ser en la primera Verdad y en la primera Rectitud, entonces la relación que existe entre las creaturas y el Creador es mucho más íntima que la relación que existe entre la causa eficiente en sentido aristotélico y sus efectos²⁵. El Creador, según Anselmo, no es sólo causa eficiente sino además causa ejemplar y causa final. La Palabra que es el ejemplar es la medida de la creatura en el ser y en la esencia y además su medida o norma en cuanto a la finalidad, en cuanto a la actividad mediante la cual la creatura retorna a su origen²⁶. Es en el ejemplar en el que el ser y la verdad de las creaturas tienen su origen y también su fin; es ahí donde tienen vida. Esto no equivale a negar el ser de las cosas en sí mismas sino que con ello se quiere situar en la Palabra, en el entendimiento del Creador, el fundamento de su verdad y de su ser²⁷.

Ya que las cosas son semejanzas imitativas de su origen (de la Palabra que es su ejemplar), se encuentra impresa en ellas, por así decirlo, una idea que da razón de su inteligibilidad y de su verdad y que las hace expresivas de su Creador. Es así a través de lo visible que es inteligible y verdadero que llegamos a conocer la Verdad invisible, y por ello no sorprende que San Anselmo se refiera a los siguientes versos de San Pablo que son especialmente apropiados para caracterizar el itinerario de la mente hacia Dios: “Ahora vemos oscuramente a través de un espejo, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré tal y como soy conocido”²⁸. Sólo a través de las creaturas, de lo que no es la misma esencia divina, podemos conocer algo de lo que deseamos ver y conocer plenamente.

Adquirimos un conocimiento aún más adecuado del Creador a través de la creatura que le asemeja más. Por su esencia natural, la mente racional según San Anselmo se asemeja más a la esencia suprema y puede así ayudarnos en la tarea de investigar la naturaleza suprema. El camino más eficaz a Dios consiste entonces en una vuelta a la mente humana. San Anselmo incluso nos

24 *Ibidem*.

25 ROGERS, *The Neoplatonic Metaphysics*, p. 109.

26 POUCHET, *La rectitude chez saint Anselme*, p. 67.

27 Véase la introducción de M. J. SOTO BRUNA a la cuestión 4 del *De veritate* de Tomás de Aquino, p. 26.

28 I Cor 13, 12. En el capítulo 70 del *Monologion* San Anselmo cita sólo una parte del verso. Me parece importante citar el verso completo por la importancia que tiene para lo que quiero desarrollar.

dice que “en la medida en que [la mente racional] se olvida de volver hacia sí deja de reflejar la naturaleza suprema”²⁹. Para San Anselmo, así como para San Agustín y para la tradición medieval, la mente racional es imagen y espejo de Dios. Según Anselmo, “La mente [...] puede llamarse su propio espejo. El espejo en el que ve el reflejo de aquello que no puede ver ‘cara a cara.’ Ya que si la mente [...] puede amar, entender, y es consciente de sí misma, no veo porqué no se le puede llamar la verdadera imagen de esa esencia que, en su amor, en su entendimiento, y en su conciencia de sí misma, constituye una inefable trinidad”³⁰.

Como el inteligible óptimo es Dios, mientras más conoce y ama la mente humana a Dios, mejor le refleja y por tanto más auténtica imagen de Dios será. El dar expresión a lo que Anselmo llama “esta imagen impresa,” es decir, la imagen de Dios que existe en el hombre³¹, constituye la actualización de la potencialidad de la mente, que sólo puede llevarse a cabo a través de un acto de la voluntad³². El intento de actualizarse de esta manera, expresando así a Dios, es precisamente “la deuda que la creatura racional tiene con su Creador. Una deuda más allá del hecho de que existe”³³. Esta deuda que la mente humana tiene con su Creador sólo puede satisfacerla cuando conoce y ama al Creador que es el bien supremo. Dada la excelencia de esta actividad por la excelencia del objeto, Anselmo concluye que “deberíamos aún más querer llevarla a cabo”³⁴. Además, es interesante notar que esta deuda que tiene la mente racional con su hacedor es precisamente aquéllo para lo cual la mente está hecha y por tanto al satisfacer la deuda la mente sólo está haciendo lo que debe hacer, lo que es lo recto o lo verdadero.

La satisfacción de esta deuda debe entonces comprometer la libertad del hombre. Según San Anselmo, la libertad le fue dada a la creatura racional para que conservase la rectitud de la voluntad por amor a la misma rectitud³⁵. Esta rectitud la llama San Anselmo la verdad de la voluntad, la justicia de la voluntad, que consiste precisamente en querer lo que se debe. En la obra an-

29 *Monologion* 66.

30 *Monologion* 67.

31 Pienso que lo que dice el Aquinate con respecto a la “imagen” es especialmente relevante aquí. Véase *Summa Theologiae* I, q93, a1, ad 2um y, en la misma cuestión, a2, ad 4um.

32 *Monologion* 78.

33 *Ibidem*.

34 *Ibidem*.

35 *On Free Will* III. Mi referencia aquí es a la traducción inglesa del texto de San Anselmo titulado *De libertate* que se encuentra en *Anselm of Canterbury. The Major Works*, cit.

selmiana “la verdad, la rectitud y la justicia se definen mutuamente”³⁶. El hombre que hace lo que debe actúa con rectitud y así hace la verdad; cuando el hombre libremente hace lo que debe, a ese hombre se le llama justo.

El hombre justo no sólo quiere lo que debe sino que también quiere la rectitud por amor a la rectitud. No quiere lo recto por verse coartado o por buscar su propia gloria. Al preservar la rectitud por amor a ella, se puede decir que el hombre justo conserva la verdad o hace la verdad, ya que de esta manera se está reuniendo con el acto creador mediante el cual Dios hizo que la voluntad humana fuera recta, es decir, la orientó a lo que debe hacer³⁷. Sólo siendo justo, manteniendo la rectitud de la voluntad, puede el hombre hacer la verdad. Y sólo el que hace la verdad, conservando la verdad de la voluntad, puede “llegar a la luz”³⁸ y estar de acuerdo con la primera verdad³⁹.

No es por tanto suficiente que la creatura racional sea creada verdadera, ya que la verdad de su esencia necesita ser llevada a la plenitud mediante el recto uso de la libertad, mediante acciones que son rectas y que se llevan a cabo por amor a la rectitud o a la verdad.

Una vez que el hombre se separa libremente de la verdad de la voluntad ya no se sitúa, por así decirlo, en la verdad, y ya no es semejante a la Palabra ni a su verdad originaria. De hecho, San Anselmo nos dice que el pecado consiste en hacernos desemejantes a Dios y sobre todo desemejantes a la verdadera semejanza del Padre que es la Palabra y nuestro Ejemplar. De esta manera, nuestro deseo natural de conocer la verdad, de ver a Dios “cara y cara”, y así de conocer la esencia divina puede frustrarse porque nos alienamos de la verdad, de esa idea ejemplar según la cual fuimos creados y según la cual seremos medidos. Nuestra medida última consiste en llegar a ser re-conocidos por Dios con aprobación o con desaprobación, adecuándonos o no a nuestra idea ejemplar.

Sólo se puede acceder a la plenitud de la luz y de la verdad mediante una voluntad que se somete a Dios y que reconoce que no se pertenece. Como nos recuerda numerosas veces San Anselmo la creatura no es nada en comparación a Dios que se basta a sí mismo. Anselmo contrasta la voluntad de la creatura humana con la de Dios cuando nos dice, “una voluntad no sometida a ninguna otra se basta a sí misma. Pero la posesión de tal voluntad (es decir, una voluntad sujeta a ninguna otra) le pertenece sólo a Dios. Por consiguien-

36 *De veritate* 12.

37 *On the Fall of the Devil* 9, en *Anselm of Canterbury. The Major Works*, cit.

38 *De veritate* 5.

39 *De veritate* 13.

te, el que ejerce su voluntad como si fuera propia intenta ser como Dios por robo y es culpable de privar a Dios de la dignidad y de la excelencia que le son propias, en tanto está en nuestro poder hacerlo⁴⁰.

Cuando la creatura racional quiere hacerse “como Dios por robo” actúa falsamente e injustamente. Ya que, como nos señala San Anselmo, el Hijo de Dios, la Palabra, que es “el esplendor de la luz eterna y la verdadera imagen del Padre”⁴¹, se humilló y sometió su voluntad a la voluntad del Padre, los pecados de la creatura racional le ponen especialmente en desacuerdo con la Palabra, con su Ejemplar, que es también la máxima verdad. Puede decirse además que los pecados de la creatura racional le ponen en desacuerdo consigo mismo, con su verdad originaria, y su lugar o rango en el universo; sus pecados le ponen así en desacuerdo con el orden del universo tal y como ha sido diseñado y querido por la Sabiduría Divina.

Por el contrario, cuando el hombre hace lo que es recto, lo verdadero, o lo justo por amor a la misma rectitud, actúa en consonancia con el orden del universo. La creatura racional que desea lo recto honra a Dios, no porque le confiere algo a Dios, sino porque voluntariamente se somete a la voluntad y al gobierno de Dios, conservando así su propio lugar en el universo natural y en cuanto le es posible conservando la misma belleza del universo. Según San Anselmo la creatura racional que no desea lo que es recto, deshonor a Dios ya que no quiere someterse a la voluntad divina y así altera el orden y la belleza del universo⁴².

No obstante, ninguna creatura racional puede escaparse del orden de la Sabiduría Divina ni del sometimiento a la voluntad de Dios; tarde o temprano tendrán que aceptar el orden querido por Dios, mediante la reparación por los pecados o mediante el castigo. Podemos decir entonces que cuando la creatura racional hace la verdad, cuando hay justicia en su voluntad, porque sus facultades inferiores están ordenadas a la mente humana y la mente ordenada a Dios, el hombre no sólo honra a Dios y conserva su propia dignidad sino que también contribuye al orden y a la belleza del universo, mientras que cuando el hombre voluntariamente abandona la justicia, tal acción constituye una deshonor personal y su propia degradación⁴³ porque le aliena de la Mente Divina, de la máxima verdad.

Por la pérdida de la justicia originaria Anselmo nos recuerda que las crea-

40 *On the Incarnation of the Word* 10, en *Anselm of Canterbury. The Major Works*, cit.

41 *Ibidem*.

42 *Why God Became Man* I, 15 en *Anselm of Canterbury. The Major Works*, cit.

43 *On the Fall of the Devil* 16.

turas racionales se encuentran en un estado de división interna. La injusticia no está, según Anselmo, en la esencia de los apetitos sensibles sino más bien en la voluntad racional que se somete a ellos o los sigue. Cuando la voluntad se opone a los movimientos desordenados de los apetitos, entonces la voluntad es justa deleitándose “en la ley de Dios según el hombre interior”⁴⁴. La justicia, la rectitud, o la verdad dictada por la ley es la ley de Dios en cuanto tiene su origen en Dios, pero es además la ley de la mente humana en cuanto la mente entiende la ley.

La mente o el hombre interior tiene acceso así a la ley de Dios que procede de la Razón Divina; la mente humana participa, por así decirlo, de la Razón Divina, y es esta participación la que me parece impulsar el deseo de ver y de conocer a Dios. En el *Proslogion*, donde Anselmo aspira a ver la faz de Dios y a acceder a la luz divina, puede decirse que tal deseo es el resultado de la huella de la luz divina en la mente humana. Es precisamente a través de esta participación en la luz divina que podemos conocer el bien y dirigirnos al único verdadero bien. Sin embargo, por la división que existe en el hombre debido al pecado original y a sus propios pecados, su participación en la luz divina, la imagen impresa de Dios dentro de él, ha sido desfigurada y necesita ser reformada o recreada.

Sin entrar aquí en las razones por las cuales Dios se hizo hombre para así efectuar la salvación de la humanidad, podemos decir que la razón natural debilitada por el pecado necesita de la luz de la fe y de la gracia. Como nos dice tan amenudo San Anselmo, la fe es necesaria para el entendimiento. La facultad de la razón que debería ser “la regla y el juez de todo” en la persona humana se deja llevar por “caprichos materiales,” de tal manera que no puede desde éstos llegar a lo espiritual⁴⁵. Según San Anselmo la sabiduría humana no es suficiente para el entendimiento; tenemos que recurrir a la Palabra de la Sabiduría que requiere la sumisión humilde de la mente humana⁴⁶. Si aceptamos esta Palabra, entonces viviremos según el espíritu; participaremos más plenamente en la luz que nos permitirá juzgar todo rectamente sin ser juzgados por nadie⁴⁷.

Puede decirse que los que libremente aceptan y entienden la Palabra de la Sabiduría, es decir, el Ejemplar, la aman y desean más intensamente unirse con la Palabra, desean ver Su Faz y así conocerle.

44 *Virgin Conception and Original Sin* 4, en *Anselm of Canterbury. The Major Works*, cit.

45 *On the Incarnation of the Word* 1.

46 *Ibidem*.

47 *Ibidem*.

Según nos dice San Anselmo el conocimiento no es suficiente para llegar a la unión de la mente con Dios; tiene que existir una especie de connaturalidad entre el hombre y el bien verdadero, una connaturalidad desarrollada mediante el ejercicio libre de las virtudes. La mente y su actividad necesitan por tanto que los amores del corazón estén bien ordenados. Por esto no sorprende que San Anselmo nos hable de la importancia de la humildad y de la obediencia, virtudes que nos permiten someter nuestra mente y nuestro corazón a Dios, y así convertirnos en personas espirituales, juzgando rectamente, con sabiduría, y además convirtiéndonos en medida y regla de actos humanos⁴⁸, y de este modo haciéndonos más semejantes al Ejemplar, a la máxima verdad, y a la última medida.

El entendimiento de las cosas divinas requiere entonces fe, virtud, y sabiduría. Dada la presencia de la imagen impresa de Dios en la creatura racional y la inteligibilidad de la misma creación, los hombres tienen a su disposición los medios para llegar a un conocimiento de Dios. Pueden, si libremente quieren, reconocer el poder y la belleza de Dios tal y como se revelan en el mundo creado; no obstante, cuando se dejan cautivar por la belleza sensible de las creaturas, se dirigen así a lo que es inferior en dignidad, convirtiendo las cosas en ídolos y no reconociendo en ellas imágenes de su hacedor⁴⁹. Por consiguiente, según San Anselmo sólo el necio puede pronunciar en su corazón que Dios no existe. En vez de dar expresión a la imagen impresa de Dios que lleva dentro de sí, la negación de Dios de parte del necio conlleva unas consecuencias morales e intelectuales muy profundas.

En vez de acoger a la Palabra de la Sabiduría, el necio prefiere palabras fatuas; prefiere intercambiar la verdad de Dios por una mentira⁵⁰ y por consiguiente no puede entrar en la contemplación de la verdad. Por el contrario, el hombre espiritual cuya mente se ha revestido de la mente de Cristo, del Ejemplar, entra en aquella mente donde las cosas son más verdaderas que en sí mismas y así se hace capaz de hacer la verdad porque ve y entiende, en la medida en que le es posible en esta vida, mediante la luz de la Palabra de la Sabiduría. Sin duda, esto requiere un proceso continuo de maduración y de conversión, una vuelta libre de la mente y del corazón a Dios, mediante la cual el hombre espiritual da expresión a esa imagen impresa de Dios que lleva dentro de sí. Es de este modo como el hombre espiritual actualiza su

48 Véase *STh* I, q1, a6, ad 3um. En esta respuesta el Aquinate habla de un doble modo de juzgar y de una doble sabiduría, ya que el juicio pertenece a la sabiduría.

49 Véase el capítulo 10 del libro de la Sabiduría.

50 Rom 1: 24. Este texto es la continuación de unos versos donde San Pablo critica la sabiduría mundana del necio, que le lleva finalmente al ateísmo y a una falsa autonomía.

esencia y se hace más semejante a la Palabra y por consiguiente más verdadero. Además, es así cómo el hombre espiritual, que ahora sólo conoce en parte, llegará a conocer tal y como ha sido conocido.

Volviendo entonces a la introducción de este trabajo, me parece que aunque la verdad de las cosas es sumamente importante, de mayor importancia aún es la adecuación de la creatura racional con el Intelecto Divino, su reunión por así decirlo con el Ejemplar, quien contiene o es la verdad de cada creatura racional. Es precisamente en esta *adequatio* en la que se encuentra la felicidad o la infelicidad del hombre, la satisfacción del deseo de ver a Dios “cara a cara,” o la alienación del hombre con respecto al bien verdadero.

Además, los trascendentales o los atributos, que se encuentran de manera participada en las creaturas y eminentemente en Dios, no son meramente cualidades estáticas en las cosas, sino que entran en una concepción dinámica del universo, mediante la cual el hombre es responsable no sólo de su propia perfección sino que contribuye a la perfección de los demás y del universo.